Sinfonía nocturna

Era una noche tormentosa. Una de esas noches en las cuales las estrellas se unen para bajar a los infiernos con un gran estruendo.

El tomó su sobretodo negro. Salió a la calle. Pensaba en ella desesperadamente.

Caminó lentamente por las desiertas calles acompañado sólo por el recuerdo de aquellos días en los que la felicidad lo llevaba de la mano por un mundo que ya no volvería a ver.

Llovía. Un vaho nauseabundo lo rodeaba como un sueño.

A través de la noche urbana sólo se divisaban sombras que entre tinieblas y tropiezos corrían a refugiarse de la plenitud de la lluvia.

Era demasiado tarde para caminar. Demasiado temprano para pensar en el regreso, aunque hubiera sido lo apropiado. ¡Y ese olor!

Creyó verla en una vidriera. Corrió hacia ella. No era. Y sin embargo, ¡cómo se le parecía! Toda la ciudad tenía su cara, cada baldosa, cada cartel, cada gota de lluvia.

Se detuvo frente a un teléfono público. Llamó a su casa. El teléfono llamó con un sonido prolongado y triste que pesó sobre su alma. Nadie contestó. Colgó. Tenía las manos sucias y el olor lo perseguía como el fantasma de un alma que no descansa en paz.

No debió lastimarla.

Las almas sensibles no soportan la levedad del mundo y ella era un alma sensible, oprimida por los caprichos de una sociedad mediocre.

Decidió volver, era un error estar fuera de casa, ella volvería aunque más no fuera a buscar sus pertenencias: un canasto de ropa sucia, un baúl de libros viejos, su diario, sus perfumes y los trozos de su alma que dormían en la almohada.

Subió los seis pisos por la escalera y divisó una tenue luz bajo la puerta.

Entró silenciosamente. Las cosas estaban en su lugar. Su piloto, tras las puertas.

Esta vez el perfume extraño del ambiente le hizo pensar lo sucedido. No podía recordar exactamente. Se sentía mareado.

Presurosamente fue hacia la habitación. Allí estaba, tendida sobre la cama.

De repente un rayo que infiltrándose por la ventana iluminó la escena, lo volvió a la realidad.

La hoja de acero resplandecía sobre su pecho desnudo. Un mar de corales carmín dibujaba su figura celestial.

¡Yo! ¡Yo! Repitió una y otra vez. Miró sus manos.

Se acercó - Yo - Tomó fuerzas, desenterró el puñal de sus desgarradas carnes.

¡Yo! ¡Yo! Lo reconoció, era el suyo.

Recordó todo. ¡Ese olor a sangre!

¡Ella era la culpable! No debió lastimarlo. Él no quería matarla.

No se animó a mirarla. Sólo limpió su puñal, sus manos y antes de que el sol asomara salió en busca de una nueva amante... de una nueva víctima.

© Mariana León

2do Año. Letras.